

Cumpleaños de un poema

El lector debe saber que los poemas, como las personas, cumplen años. Los hay quinceañeros y los hay setentones, vistiendo unos el humilde calzón de dril, mientras otros pasan muy empaquetados en su esmoquin. Claro que no todos son tan afortunados como para perdurar. Muchos quedan sepultados en las hojas de los libros, o en el fondo de los álbumes, como rosas petrificadas, y de allí no salen ni a la claridad de los ojos ni al regalo de la memoria. Sin embargo, puede ocurrir que alguien, de disposición estudiosa o erudita, escarbe en las llamadas antologías, y entre miles de "epitafios" descubra lo que puede ser (y muchas veces lo es) una joya perdida, y la rescate como algo insólito.

Pero, ¿y los poemas que no merecieron ni premio antológico, ni techo de libro, ni cobijo alguno? ¿Aquellos versitos iniciales, que en los umbrales de la adolescencia aparecieron en letras de molde, produciéndonos una indecible alegría? ¡Ah, mis queridos amigos! Les diré que sus únicos lectores piadosos deben de ser los miembros de la familia, pues cuando los pobrecillos nacieron no estaba la Magdalena para tafetanes en lo que respecta a inspiración y destreza de lenguaje.

Pues bien, sucede que visité hace poco Los Angeles, y en San Fernando Valley, mi padre, ya muy anciano, me obsequió... ¡mi primer poema publicado! Es un soneto. Mírenlo desmirriado y acójalo con sonrisa generosa. Confieso que comencé escribiendo sonetos y probablemente el último poema que escriba será un soneto. Este a que ahora me refiero apareció el 11 de abril de 1930 en el *Diario de Costa Rica*, dedicado a nuestro héroe nacional Juan Santamaría, con la siguiente leyenda: "Por Alfredo Cardona, escolar de 13 años de edad". Dice así ese "primogénito" de 44 años:

**Expira ya el soldado en la batalla,
y su cuerpo no altivo, pero noble,
al fin cayó como un pesado roble
siendo blanco del fuego y la metralla.**

**Después siguió el embiste a la muralla,
que con furor satánico y salvaje
no resistió al empuje del ultraje
y se rindió cual rayo que ya estalla!**

**Como mártir de negra y fatal guerra,
murió el soldado en loco desafío.
¡Saben morir los hijos de esta tierra!**

**Y así fue que después de la victoria,
vino el recuerdo del que en un vacío
se coronó en la cumbre de la gloria.**

Para festejar a tan indefensa criatura, pienso reunir los que yo considero mis mejores catorce sonetos, y enviárselos a mi amigo el ilustre escritor don Alfonso Junco, para que los publique en su revista *Abside*. Me costará trabajo la selección, pues son más de mil los que he "perpetrado". Esos catorce sonetos se publicarán el 11 de abril de 1975, cuando mi primer hijo poético cumpla 45 años.

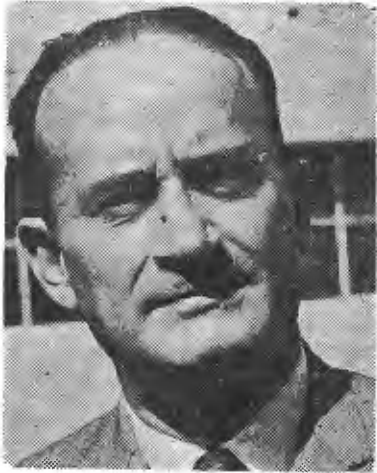
No debemos olvidar que los *Ensayos sobre poesía española* ("Revista de Occidente", 1946), de Dámaso Alonso, terminan con una *Permanencia del soneto*. Un comentario escribí sobre ese libro en *Recreo sobre las letras* (Ministerio de Educación, San Salvador, 1961), con el título de *Elogio del soneto*. Oigamos a Dámaso: "Pasarán los años y los años, irán modas, vendrán modas, y este ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio y tan pueril, nada, en suma, dos cuartetos y dos tercetos, seguirá teniendo una eterna voz para el hombre, siempre igual, siempre nueva, pero siempre distinta. Tan profundo como el enorme misterio oscuro de la poesía, es el breve misterio claro del soneto".

Debemos darle las gracias a Dámaso Alonso por recordarnos que el soneto, contra el deseo de sonoras y labradas impotencias, está situado al margen de lo efímero y huye cada vez que las modas y pasioncillas de la rúa quieren ponerle trampas de escarnio.

Los buenos ombligos de la Provenza, y el itálico vino, produjeron desde el siglo XIII una forma sin par, mentalmente hablando. El soneto es a la poesía lo que el reloj al tiempo y el ajedrez al ocio. Y tienen —soneto, reloj y ajedrez—, esa filiación preciosa, esa común heredad del pensamiento numérico, infinito en sus combinaciones pero siempre igual a sí mismo. Fina aguja de marear emociones, descubrimiento que talla las veleidades del pensar, y ya hablamos del diamante en lo que tiene de justo, de noble, de voluntario prisionero magníficamente libre.

He aquí lo que dije en 1958:

"Yo recuerdo mi primer verso como una "golondrina con muletas", que diría Federico. Era un soneto. Tenía 13 años. Jadeaba como un gozquecillo afanoso; la cojera se le veía desde lejos, y no cumplía muy bien que digamos con el precepto dominical de la rima. Después, en 1938, recibía, muy orgulloso el título de bachiller. Esto suponía una serie de concesiones al álgebra, al cálculo numeral y a la trigonometría. Decidí vengarme de todas esas materias —que aprendí por el placer de olvidarlas— y versé mi tesis de graduación sobre el soneto. Pero lo que creía antimatemático se me volvió una ecuación de segundo grado, aunque en planos que me eran familiares. El ejercicio de



ALFREDO CARDONA PEÑA

tales discordias reveló la mágica austeridad del soneto y su gran principio legislativo. Dos cosas que nos curan de espantos".

Continuaba diciendo que en cuanto a los estudios de esta criatura remolona, en cuanto a esas observaciones del movimiento que desplaza la mente al concebir las abiertas prisiones de la poesía, debemos remitirnos a Paul Valéry, acaso el poeta que mejor haya sabido contemplar todos los misterios físicos y espirituales que encierra la producción del molde de oro. El espejo que se puso Valéry para atisbarse mientras hacía un poema, fue un soneto de lindo marco dorado. Y pudo decir: "¡Gloria eterna al inventor del soneto".

Sí, señores: gloria eterna al anónimo ingenio, hermano del árabe que fabricó su tablero de alfiles. Gloria al inventor de la brújula poética, del astrolabio y de la esfera poética.

El *Elogio del soneto* termina así: "Todo, en este mundo de catorce alientos, está sometido al imperio de las ilustres columnas. Todo está centrado en el vértice mágico. De tal manera que al suprimir, no digamos una voz, pero una coma, el universo con todas sus criaturas se viene abajo con estrépito: peregrina reproducción de lo que sucede en el cosmos, soneto gigantesco. Pero estas son jerigonzas de segunda fila. Lo importante es el valor de la perpetuidad, de la permanencia del soneto. En América, donde el estruendo de las escuelas, la clausura del modernismo y la apertura de la conciencia revolucionaria ha desatado un vendaval de energía poética, esta añeja prenda del *dolce stil novo* sigue cantando y encantando en el deseo de las creaciones. Y no hay tal "reaccionarismo" en ella. Cambia y modifica su manera, como conviene a toda criatura viva, y la vemos pisoteando los polvos del tocador decadente, sin afeites pero bien lavada de cara, y con las celdillas provistas de novedosa miel".

Efectivamente, cambia y modifica sus estructuras, sus temas, sus alientos. El año pasado terminé *Asamblea plenaria*, en total 230 poemas breves de catorce líneas cada uno, sin rimas y con libertad de ritmos, sílabas, acentos. La primera parte del libro, titulada "El vaso y el agua", son reflexiones acerca del soneto, al que ya no quiero ni trato como "alhaja", sino como ayuda y alimento. Descubrí que la armazón, el an-

damio de los catorce peldanos, podía sostener perfectamente una idea, el desarrollo de una imagen, el certificado de una emoción, y que el "yugo" de la rima, así como el ritmo endecasílabo fijo, muchas veces entorpecían (o mejor adulteraban) el interior mismo del mensaje. Así logré condensaciones de lenguaje que me parecen estimables. El lector curioso podrá leer algunas de esas experiencias en la última antología de la poesía costarricense (la realizada por Duverrán), que me parece excelente. Pero me voy a permitir transcribir un texto del capítulo titulado *Espaciopoemas*, cada uno con una fecha futura. El siguiente, fechado en marzo del año 2046, está dedicado a exaltar la exploración completa y definitiva del cerebro humano, y dice así:

**Reposaba como un motor en marcha,
la Antártida mental fosforecía,
entre sus ventisqueros descubrimos
recuerdos de catástrofes: no obstante,
nada nos dijo de sus formaciones,
ni del momento en que cayó el espanto,
nació la idea, se produjo el magma.
Lo contemplamos como a un verbo mudo,
como a un protón de dóciles reactores,
y uniendo filamentos invisibles
a células ayer desconocidas,
logramos que el cerebro nos mostrase
su inmensidad, su luz, su "Mato Grosso":
así vencimos a los aparatos.**

Los padres, como decía Cervantes con otras palabras, siempre creen que sus hijos son los más bellos de la creación. Y si alguno nace feo, más se le quiere. Es el espejismo de la ternura, la trampa del instinto amoroso. Igual sucede con nuestros hijos literarios, con esos seres tan frágiles del arte. Yo sé que los lectores me perdonarán los desahogos aquí expuestos, ahora que mi primer soneto cumplirá muy pronto 45 años de no hacer nada, su cumpleaños de inútil y disecado insecto.

LEYENDO A UN POETA MUERTO (1)

—I—

He vuelto a oír tus pasos en tu prosa,
y en una oscura ráfaga descubro
tu fina claridad en lo invisible.
Hace ya mucho tiempo no te oía,
y de pronto, leyéndote, me invade
tu corazón de vidrios destrozados
y acuarios cenicientos, donde nadan
las letras llenas de ojos de tus peces.
¡Con cuánta plenitud ahora nos hablas
desde los bosques del ciprés y el viento!
Si existieras, oh hermano sumergido,
tal vez no alcanzarían tus relatos
la intensidad que muerto les procuras.

—II—

¿Por qué, por qué mientras los poetas viven
no nos muestran sus cantos esa honda,
definitiva luz que los envuelve
cuando aquél que los hizo es ya silencio,
polvo tenaz y harapo del recuerdo?
No se puede explicar. Mas pareciera
que únicamente muertos, los poetas
comienzan a encenderse en sus palabras
(ay, aquéllas que un día pronunciaron),
a adquirir un fulgor desconocido,
ecos profundos, músicas terribles,
y entonces, sólo entonces, comprendemos
el poderío de las destrucciones,
lo que es la ausencia, y el olvido, y todo.

ALFREDO CARDONA PEÑA

México, D. F., 13 de junio, 1974.

(1) - Arturo Echeverría Loria, "Los pasos de mi vecina", Editorial Costa Rica, 1974.